

María Eugenia Santana E.

Reciprocidad y redistribución en una economía solidaria

Palabras clave: reciprocidad, redistribución y economía solidaria

DOI: 10.4312/ars.8.1.79-98

«Economía de la Reciprocidad» es otra forma de llamarle a la ‘Economía Solidaria’, que aparece en Latinoamérica en la última década del siglo XX como una propuesta que se circunscribe en el movimiento global que plantea crear una sociedad distinta a la sociedad de Mercado. La Economía solidaria busca, desde el cambio económico, transformar los diversos ámbitos de la vida de las personas, de una manera incluyente. Es una propuesta de vida que se distancia de los programas que buscan «sacar de la pobreza a millones de personas». Se propone que la sociedad se haga responsable de ella misma desde la solidaridad en la producción, la distribución y el consumo y que la práctica económica regenere la vida social y política con modelos de reciprocidad y redistribución distintos a los de la sociedad de Mercado¹.

En este texto se resumen las circunstancias históricas que llevaron a grupos organizados de la sociedad civil latinoamericana a buscar alternativas al modelo de sociedad dominante; se verá cómo en este proceso confluyeron las visiones de diversos países en los llamados *Foros Sociales Mundiales*, surgidos en Latinoamérica. La información de esta parte es básicamente documental, aunque los diálogos con colegas y activistas de otros países de Latinoamérica aportan elementos para sostener que las afirmaciones tienen validez general. A continuación se propondrán algunos conceptos clave que han permitido dar forma a la propuesta de la Economía solidaria, con ejemplos empíricos. Para arribar finalmente a ciertas conclusiones.

La elaboración de este texto se basa principalmente, mas no exclusivamente, en el trabajo de tesis de doctorado (2008)², para cuya realización se llevó a cabo trabajo de campo en distintos lugares de la República Mexicana: organizaciones civiles de la Ciudad de México y Guadalajara, Jalisco, así como el estudio de grupos que utilizan monedas comunitarias en México y Buenos Aires, Argentina. Igualmente para hablar

1 Información de documentos de los cinco Encuentros Nacionales de Economía Solidaria, México y de la observación participante durante cuatro de ellos, así como diversas entrevistas a sus principales impulsores.

2 La tesis se titula *Reinventando el dinero. Experiencias con monedas comunitarias*, por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores, CIESAS-Occidente, Guadalajara, Jal., México.

de los mercados o tianguis alternativos, me baso principalmente en una investigación realizada entre 2010 y 2012 sobre los intercambios recíprocos y el trabajo de campo en diversos tianguis de México, y las reflexiones que ha provocado la observación participante como consumidora frecuente en el tianguis de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, y las visitas al tianguis orgánico en Tlaxcala, así como el Tianguis Purépecha de Michoacán y la Feria Anual «Vida Digna», en Dolores Hidalgo, Guanajuato, todos en México. Finalmente he de mencionar que haber vivido en el estado de Chiapas por más de 30 años, compartiendo la vida en las comunidades campesinas por varios años, me ha proporcionado conocimiento valioso de donde he recopilado información para varias investigaciones de Antropología económica.

Antecedentes

México era un país de tradición agrícola hasta mediados del siglo XX. Las décadas de los '50 y '60, fueron de muchos cambios, pues el Estado se dedicó a instaurar las condiciones para el desarrollo del capitalismo industrial, a consecuencia del plan de «desarrollo» que el Presidente Truman, de Estados Unidos dio a conocer al mundo en 1949: «introducir al Tercer Mundo al desarrollo», ofreciendo préstamos blandos para adquirir bienes de capital y asesoría de 'expertos'. Así sería como la industrialización, la modernización de la agricultura y la apertura comercial traerían el 'desarrollo' a las naciones de Latinoamérica (Escobar, 1998, 19 y ss.). La idea de «progreso» acuñada por la sociedad occidental en la época del Colonialismo, ahora era la del «desarrollo» en el Poscolonialismo (Gupta, 1998, 42).

Con los créditos recibidos del país vecino, el Estado mexicano concentró la industria en unos cuantos polos, donde ya había ciertas condiciones necesarias como electricidad, agua entubada y desagüe, urbanismo: es decir, se fomentó la inversión donde ya había ciertas ventajas y las desigualdades regionales crecieron (Roberts, 1980). Eran los años del 'desarrollo': creció la población urbana y hubo que organizar el suministro de alimentos para las ciudades y planificar éstas, lo que significó una intervención importante por parte del Estado.

Con el tiempo, la importación a México de alimentos desde Estados Unidos, llevó a la caída de los precios de los productos agropecuarios nacionales; se abandonaron los programas de apoyo a los campesinos y sus condiciones de vida empeoraron, obligándolos a tomar la opción de emigrar en busca de trabajo para obtener dinero (Roberts, 1980).

Durante los años setenta se descubrieron grandes reservas de petróleo en México y el país se endeudó aún más para explotar esta fuente de energía. La explotación

petrolera fue de la mano con una desmedida corrupción de los gobiernos mexicanos en las décadas de los 70 y 80³.

Pasaron varias décadas antes de que una corriente de intelectuales y otros sectores de la sociedad latinoamericana señalaran que se había comprometido demasiado a cambio de promesas de un ‘desarrollo’ que solo llegó a una parte de la población y en cambio, el número de pobres se multiplicó (Escobar, 1998).

El empobrecimiento paulatino de México y la crisis económica en ciernes, junto con la pesada carga de la deuda externa fueron elementos que incentivaron a la ciudadanía a tomar consciencia del engaño que había significado el modelo de desarrollo propuesto por EU y negociado con los grupos de poder de cada país.

Para los años 80, el intervencionismo inicial y la preocupación exagerada por el crecimiento se habían desvanecido y América Latina sufría su peor crisis económica del siglo, que se resumiría en un retroceso en el desarrollo, con implicaciones socio-políticas amenazantes como la exclusión social y la violencia. En 1982, México anunció que no podría pagar las «obligaciones» del servicio de su deuda, con lo que sobrevinieron una serie de ajustes de «estabilización económica», traducidos en austeridad, que se reflejó en la caída drástica en los niveles de vida de las clases medias y populares.

El Fondo Monetario Internacional exigió al Estado renovar sus políticas fiscales y monetarias y ordenó el retiro de los llamados gastos «improductivos», conocidos también como ‘gasto social’ (Stiglitz, 2002). El Estado mexicano abandonó muchas de sus funciones originales y, presionado por las instituciones crediticias extranjeras, se abrió cada vez más al desarrollo industrial de capital intensivo (que es el que menos mano de obra emplea) y a las instituciones financieras, que ayudaban muy poco al equilibrio social y económico.

En los otros países de América Latina se vivía un proceso similar, por ello se alzaron voces que criticaban lo que se denominó ‘desarrollismo’ (Escobar, 1998). Aunque en forma desarticulada, las ideas de Paulo Freire (con la *Pedagogía del Oprimido*); las críticas al «colonialismo intelectual» de Fals Borda; la Teología de la Liberación, junto con las reflexiones de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs)⁴ y la crítica cultural más aguda del ‘desarrollismo’ de Iván Illich, entre otros, permitieron a muchos grupos sociales tomar consciencia respecto a la desigualdad generada por el ‘desarrollo’

3 Innumerables artículos periodísticos y de análisis relataron este hecho en los números de esas décadas, como los de la Revista *Proceso*, editada en la ciudad de México semanalmente y de circulación nacional hasta nuestros días.

4 Que se reconoce oficialmente en la Conferencia del Episcopado Latinoamericano (CELAM), en Medellín Colombia, 1968.

(Castells, 1999). Sin embargo, fue la Teoría de la Dependencia Económica ideada por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) la que más difusión tuvo y fue la más escuchada y citada por los intelectuales latinoamericanos.

A pesar de las críticas al desarrollo, la mayoría de los empresarios, gobernantes y economistas siguieron alentando la industria cada vez más automatizada como sinónimo de 'progreso'. Las cumbres de los gobernantes de los países más industrializados alentando la apertura de fronteras, libres de aranceles (Consenso de Washington) favoreció aún más el crecimiento indefinido del desempleo (Reyes, 2002).

Estado y Sociedad Civil

En la última década del siglo XX, el desempleo generalizado y el retiro del gasto social por parte del Estado, volvieron apremiante la situación para la mayoría de las familias ante la mayor dificultad para obtener los bienes básicos para el sustento y el acceso a una mínima seguridad social, así como el transporte y las comunicaciones. La pregunta que flotaba en el aire era: ¿quién debe atender estas necesidades? el Estado? la misma sociedad? o la iniciativa privada?

La discusión acerca de la conveniencia o no de la participación del Estado en la economía –iniciada al finalizar la 2ª guerra mundial– sigue vigente. Quienes están a favor de dejar que el Mercado se encargue de regular el empleo, argumentan que la participación del Estado, sólo favorece el aumento de los impuestos y al prestar ayuda a los desocupados, muchos se desalientan de trabajar. Pero la oposición a la participación del Estado, equivale a la equivocada suposición de que la sociedad y la economía son entes separados (Polanyi, 2000).

Después de varias décadas, la discusión sobre este tema gira en torno a cuál es la capacidad del Estado y en qué forma podrá «aminorar la inequidad y la pobreza, así como minimizar el riesgo social y optimizar la distribución del bienestar» (Esping-Andersen, 1994, 711).

Desde el punto de vista de que los que proponen que el Estado debe hacerse cargo de proteger a las mayorías, Caillé (2004, 11) afirma: «[...] la primera forma de Economía Solidaria podría decirse que es aquella en la que el Estado juega plenamente su papel [...]» y sin embargo, lo que se aprecia, es el abandono cada vez mayor del Estado no sólo con respecto a la economía, sino a la salud, la educación y el bienestar de la población, presionado por la iniciativa privada y las políticas internacionales, so pretexto de que el libre Mercado se encargará de tal función. Por eso el llamamiento a donar, a compartir, ha venido de la sociedad civil, en las últimas cuatro décadas (Godelier, 1998).

Ante la realidad de un Estado que dejó de cumplir sus principales funciones, que ha conducido al individualismo extremo y ha apoyado las decisiones de las elites económicas (Osorio, 2004), es difícil pensar que ahora éste sea quien convoque a la «solidaridad sin contrato». Por eso la sociedad civil de América Latina ha fomentado los vínculos entre los individuos y grupos. La preocupación de unos por otros ha favorecido el surgimiento de multitud de organizaciones y emprendimientos para ayudar y ayudarse, es decir, para ejercer la reciprocidad. Vargas-Cetina y Ayora-Díaz (1998) ven la reducción de programas sociales por parte del Estado como una imposición y una oportunidad a la vez: la gente tuvo que organizarse para proveerse de los servicios que antes proporcionaba aquél.

El desempleo fue un elemento fundamental que estimuló la organización de grupos locales en torno a distintas formas de producción y distribución alternativas al sistema dominante. Con organización del trabajo y los servicios, miles de colectivos y grupos en el Tercer Mundo buscan obtener beneficios comunes para sus miembros. Gran cantidad de estas formas se han convertido en movimientos sociales, muchos de los cuales tuvieron sus raíces en las ideas y prácticas de Robert Owen y se manejaron con los ideales de democracia, voluntariado, autonomía, equidad y mutualismo (Nash y Hopkins, 1976).

Algunos sectores de la Iglesia católica en Latinoamérica impulsaron grupos de base en la década de los 80, entre los cuales algunos se transformaron en Organizaciones Civiles y algunas de éstas desarrollarían actitudes críticas y compromisos políticos (Rowlands, 1997). Vargas-Cetina y Ayora-Díaz (1998, 128) afirman que «ante la incapacidad de los gobiernos para ocuparse de la pobreza y el deterioro ambiental, incontables organizaciones ligadas a sectores de la iglesia católica, lograron captar la solidaridad entre los seres humanos», con el apoyo de donantes extranjeros, se alentó la movilización popular y la seguridad social pues como dice Godelier (1998, 15), «[...] es preciso durar y para durar es preciso donar».

Castells (1999, 214) señala que, a partir de la década de los ochenta, el acontecimiento más importante en el Tercer Mundo es «[...] el extraordinario ascenso de las organizaciones populares, en general puestas en marcha y dirigidas por mujeres». Acerca de los movimientos de base, Escobar (1996, 404) afirma que son fundamentalmente luchas culturales porque incluyen entre sus principios la búsqueda de identidad y de autonomía, así como de derecho a decidir sobre sus propias perspectivas de desarrollo y de la práctica social en general. Por su parte, Fisher (1998) considera que la fisonomía de las sociedades del último cuarto del siglo XX en América Latina está marcada por la movilización social para hacerse cargo de los asuntos más urgentes de subsistencia. Y podríamos afirmar que esta movilización de innumerables organizaciones civiles

aún constituye una característica importante de nuestras sociedades en este segundo milenio y el movimiento del *Foro Social Mundial* es una muestra de ello.

La mayoría de los movimientos nuevos empieza así: Unos cientos o miles de individuos y agrupaciones, que trabajan en campos o lugares diversos, empiezan a hablar de cambio utilizando un lenguaje común, aunque no necesariamente se den cuenta de que comparten los mismos valores. Uno empieza a seguir su propia trayectoria, en la que le acompañan solo las personas más próximas y cuando un día levanta la vista, se da cuenta de que todas esas trayectorias individuales se han convertido en una ola (Johnson, 2013, 32).

Alternativas al capitalismo

Hay una variedad de búsquedas alternativas que se presentan de muy diversas formas, muchas de las cuales han cristalizado en iniciativas y proyectos de grupos, de movimientos y organizaciones. El problema es que están desarticuladas, no se conocen unas a otras. Era preciso reunir las y la primera convocatoria salió de Porto Alegre, Brasil en el año 2001 en el primer *Foro Social Mundial* (FSM). Después se realizaron 7 foros más, cinco de los cuales fueron en América Latina: miles de organizaciones unieron sus voces en las reuniones multitudinarias y reconociendo múltiples movimientos sociales. «Tal vez en función de su origen en el continente, la influencia de los Foros mundiales [...] ayudó al desarrollo de una conciencia colectiva de resistencia al neoliberalismo más aguda en América Latina que en otros continentes» (Houtart, 2007, 3).

Para definir al capitalismo por nosotros mismos, tenemos que empezar por definir las áreas no-capitalistas de la economía, como el intercambio de mercancías en el que no interviene el mercado y localizar los bienes y servicios que no son producidos como mercancías (Gibson-Graham, 1996, 259).

La propuesta de la Economía Solidaria puede otorgar importantes aportes a este 'proyecto anti-escencialista'.

Economía solidaria

La propuesta de la Economía solidaria nace, como se ha dicho, de la evidencia del crecimiento estadístico de la pobreza en el mundo y de inequidad socioeconómica y por la convicción de que no hay más lugar en la sociedad hegemónica para los excluidos (Razeto, 2001). No hay más oportunidades para ellos hoy ni habrá mañana, afirma Forrester (2000). Ante este panorama, el reto es proponer otro tipo de

comportamiento social, capaz de incluir a todos, es más, a decir de sus impulsores, no se trata de circunscribir a la gente afectada por la exclusión, sino que ésta sea la protagonista de una sociedad alternativa (Lopezllera, 2004).

En México hay cientos de organizaciones y miles de células trabajando con metodologías y objetivos que se identifican con la Economía Solidaria, aunque muchos no están formalmente articulados. En varios encuentros de la Red Mexicana de Economía Solidaria, las organizaciones y colectivos presentaron su trabajo y se pudo constatar su actividad en una diversidad de contextos: en la producción –ya sea en cooperativas, micro-emprendimientos; en la comercialización, se promueven mercados para los productos elaborados en los grupos y cooperativas, tiendas de comercio justo donde hay mayor capacidad de compra, se estimulan intercambios solidarios entre productores; en lo que se refiere a consumo, se inculca la responsabilidad del consumidor, se estimula la organización de ferias de encuentro de productores con consumidores. Como parte de la propuesta financiera, se consideran algunos tipos de micro-créditos, cajas de ahorro y, por supuesto, el dinero comunitario. También se incluyen iniciativas que trabajan en educación y formación de gente con pensamiento crítico; en cuestiones de salud, se impulsan las terapias naturistas y alternativa al sistema farmacéutico capitalista. Y muchos otros ...

En realidad el trabajo en estas áreas se inició décadas antes del surgimiento del llamado de la Economía solidaria, pero no se perseguía un fin común. La Red Mexicana de Economía Solidaria, propició la articulación de esos activistas que están en muy diversos ámbitos, en los seis Encuentros celebrados en lo que va de este siglo, con la idea de que las organizaciones y grupos se apoyen mutuamente en sus diversas tareas (Santana, 2011a).

La Economía solidaria retoma elementos de la «cultura del don» para afirmar su posición, pues como dice Godelier:

Es en este contexto de fin de siglo donde el don generoso, el don «sin retorno», se solicita nuevamente, esta vez con la misión de ayudar a resolver problemas de la sociedad. [...] hoy en día, ante la amplitud de los problemas sociales y la manifiesta incapacidad del Mercado y del Estado para resolverlas, el don está en situación de volver a convertirse en una condición objetiva, socialmente necesaria, de la reproducción de la sociedad (Godelier, 1998, 297-298).

La cultura del don

Marcel Mauss (1979) fue uno de los primeros investigadores sociales en recopilar información sobre las distintas formas en que se manifiesta la *cultura del don* en

diversas sociedades. La primera publicación de su «Ensayo sobre los dones, motivo y forma de cambio en las sociedades primitivas», fue hace ya muchas décadas⁵, y en ella relata costumbres de pueblos de distintas partes del mundo, que siguen ilustrando a qué se refiere esta «cultura» y que permite reconocer en nuestra propia cultura, costumbres similares o equivalentes.

Una de las sociedades que Mauss analiza con más detenimiento es la que habita las Islas Trobriand, en el Suereste Asiático. En esa sociedad, mucha gente acostumbra empezar una relación con alguien por medio de la donación de un regalo. Esto muestra lo que afirma Polanyi y la corriente substantivista de la Antropología Económica (Godelier, 1976) respecto a que la esfera social y económica están íntimamente relacionadas, y separarlas es artificioso.

En muchos lugares de México y Latinoamérica, sobre todo en áreas rurales, existen costumbres similares que se conservan aún cuando los campesinos emigran a la ciudad o a otro país. En Oaxaca, México, donde tuve oportunidad de realizar trabajo de campo⁶ la tradición de la *guelaguetza* es ya famosa. Se refiere a la reciprocidad. Un ejemplo es en la celebración de las bodas, se acostumbra colocar en la entrada del lugar de la fiesta, un cuaderno grande, de pasta dura, para que los invitados escriban ahí sus nombres y lo que llevaban de obsequio a los recién casados. De esta forma, ellos irán devolviendo los regalos a lo largo de su vida matrimonial, cuando sus invitados sean anfitriones de otros festejos. Su obligación será devolver algo que tenga un valor similar a lo que recibieron. Esta costumbre también puede repetirse en bautizos y otras celebraciones importantes.

Otro ejemplo, en la selva de Chiapas, las casas se construyen sólo con materiales de la región (truncos de árboles, paja, palma y lodo) pero es una actividad que requiere de la ayuda de muchos hombres. Todos los que ayudan a construir una casa, al final reciben como agradecimiento una «buena comida» es decir, un guiso de guajolote, cerdo u otra carne preciada, bastantes tortillas y fruta de la zona. Y por supuesto, licor o cerveza. Aunque muchos terminan embriagados, todos se sienten felices y agradecidos. El dueño de la casa, además, adquiere el compromiso de ayudar a construir o arreglar las casas de los que le ayudaron a él (Santana, 1996). Este sistema que se suele llamar «mano-vuelta», también se acostumbra en la siembra del maíz. La reciprocidad es muy común entre las mujeres, cuando dan a luz un hijo: unas a otras se ayudan a lavar la ropa y los trapos que se ensuciaron en el parto y en los quehaceres de la casa durante el puerperio; la beneficiada, hace lo mismo con sus compañeras, cuando ellas paren un hijo.

5 Aquí se utiliza la edición de 1979 de la editorial Tecnos. Este Ensayo es parte del libro llamado *Sociología y Antropología*, del mismo autor. La obra fue publicada originalmente en 1925 en *L'Année Sociologique*, en el número de 1923–1924.

6 Resultado del cual fue mi tesis de Licenciatura en Antropología social.

Las costumbres de la *cultura del don* están ligadas a los momentos importantes del ciclo de la vida, incluso en sociedades urbanas: cuando nace un bebé, los padres reciben y dan regalos (si es niña, dan chocolates; si es varón, tabaco); en los cumpleaños, las graduaciones, la boda, son ocasiones para celebrar y para regalar, incluso en algunas sociedades, los funerales son también celebraciones en las que la gente llega a acompañar a los familiares llevando algo para comer o para beber. Muchas costumbres del don provienen de culturas antiguas, adaptadas a la cultura actual y la Economía de la Reciprocidad les hace difusión, para seguirlas suscitando con el objeto de que no se pierdan en medio de este mundo utilitarista.

Reciprocidad

Las costumbres anteriores son ejemplos de reciprocidad en sus diversas formas, porque reciprocidad es dar y recibir, sin buscar acumular ganancias, ni sacar provecho de los demás, sino ser equitativos, devolver lo que se recibe con generosidad.

Polanyi (1974, 162) define a la *reciprocidad* como «los movimientos entre puntos correlativos de *agrupamientos simétricos* [lo cual] presupone como trasfondo agrupamientos simétricamente dispuestos», es decir, supone que haya igualdad entre las partes. Por eso las jerarquías sociales no facilitan la reciprocidad. Que las personas antepongan a sus nombres uno de los nuevos títulos nobiliarios (como ‘Licenciado’, ‘Doctor’, ‘Presidente de...’, ‘Director general’) son formas de marcar jerarquías que no favorecen la reciprocidad. La reciprocidad exige igualdad de géneros, etnias, posiciones socio-económicas, edades, puestos de trabajo de las personas. Steve Johnson (2013) afirma que la herramienta «más poderosa» del progreso social es la red de iguales, de pares.

Una condición de la reciprocidad es que haya equidad: que quien recibe algo, esté en condiciones de devolver un don, ya sea con un bien similar o haciendo un servicio que la otra parte requiera, pero si no puede dar nada a cambio, no es reciprocidad y el que recibió, queda humillado, como se verá más adelante. La rebanada de pastel que se regala al vecino, o la comida que se invita a quien ayuda a otro a conseguir un trabajo, son formas cotidianas de la reciprocidad y se da en todas las clases sociales; la reciprocidad es, incluso, lo que permite la sobrevivencia de los inmigrantes en una nueva ciudad: el que llegó antes, ayuda a los que llegan después, quienes en su momento le corresponderán de una u otra forma y harán lo mismo con los que lleguen después (Lomnitz, 1975).

Por otro lado, está también el valor de la acción que, según Munn (citado por Graeber, 1991, 45) trasciende al valor que la gente le concede a las cosas, lo que nos

lleva hacia el valor de las relaciones. Por ejemplo, dice, «si alguien le da un trozo de pastel a otra persona, no sólo es para satisfacer su apetito o deseo de chocolate, sino para demostrarle buena voluntad, confianza y otros dones más preciados que lo material entre algunos grupos de personas».

La forma de reciprocidad que más promueve la Economía Social y Solidaria es la que se ejerce en los intercambios entre productores con el fin de ayudarse mutuamente a sostener la producción propia y de los otros, así como satisfacer las necesidades de todos. Así que también estos intercambios son ejemplos de reciprocidad.

La producción a pequeña escala (emprendimientos familiares o de grupos de socios) es lo que hoy en día está sosteniendo a la economía de muchos países, sobre todo a partir de que muchos trabajadores a sueldo fijo han perdido su empleo y sus ingresos y deben buscar por su propia vía cómo sobrevivir. En efecto, según datos del Instituto Nacional del Emprendedor, en México

[...] el 52% del PIB se genera en las micro, pequeñas y medianas empresas, aportando el 72% del empleo en el país; de hecho la estructura empresarial en la actualidad está basada en estas «MIPYMES», constituyendo el 99.8% del total de las empresas en México⁷.

Sin embargo, el promedio de vida de estas MyPES (micro y pequeñas empresas) es de un año. Su principal problema no es producir, sino vender sus productos. No encuentran puntos de venta ni clientes para los bienes que ofrecen. Por ello, existen organizaciones civiles que promueven los mercados locales y difunden la importancia del consumo responsable y solidario: responsable, por evitar comprar productos contaminantes o contaminados, y solidario, por elegir productos locales y producidos a pequeña escala, sin contaminar. Teniendo un punto común de compra-venta, unos a otros se mantendrán.

Intercambios recíprocos en mercados locales alternativos⁸

Desde la última década del siglo XX en muchas ciudades del mundo comenzaron a aparecer tianguis pequeños que congregan a productores directamente con los consumidores. En 2004 se fundó en México la Red Mexicana de Tianguis y Mercados Orgánicos, con al menos 15 asociados. Son pequeños mercados que tienen un punto

7 <http://www.inadem.gob.mx/> [12 de julio 2013].

8 Prefiero llamarles mercados 'alternativos' y no «mercados orgánicos», como les ha llamado la Red de Tianguis y Mercados Orgánicos, porque la oferta y las ventajas de estos mercados van más allá de la venta de productos orgánicos, es decir, ésta constituye sólo una de sus características. Llamarles «mercados orgánicos» es centrar la atención en algunos de los productos que se venden y no principalmente en las personas, los productores y los consumidores.

de encuentro semanal, donde se realizan intercambios recíprocos campo-ciudad. Los productores agrícolas ofrecen productos libres de agroquímicos y regados con aguas limpias y los consumidores pagan por ello más que lo que cuestan las verduras comunes y adicionalmente otorgan reconocimiento y gratitud por su trabajo. A los productores agrícolas, se suman los productores de otros alimentos sanos: huevos frescos de gallinas «libres», pan casero, quesos de leche orgánica, carne de conejo, tortillas, e incluso medicina herbolaria, productos de limpieza biodegradables y más⁹.

Los tianguis locales alternativos presentan características que promueve la Economía Social Solidaria, no sólo por apoyar la economía de micro y pequeños productores, y promover el consumo responsable y solidario, sino principalmente a las relaciones personales y recíprocas. La relación entre las personas, los productores/comerciantes con los consumidores y de los integrantes de estos dos grupos entre sí, es una forma que también promueve las redes sociales de pares y con ellos, las relaciones igualitarias, una sociedad más horizontal.

Por ejemplo, el mercado alternativo de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, «Comida Sana y Cercana», es un caso que permite ver cómo se favorecen las relaciones descritas: en 2005, un grupo de seis mujeres que viven en dicha ciudad se organizó para buscar a productores de colonias cercanas a San Cristóbal que fueran orgánicos –o se comprometieran a serlo–; ellas buscaban productos limpios y los productores, a su vez, buscaban consumidores que apreciaran su producción libre de agroquímicos y regada con agua limpia¹⁰. Desde hace 8 años los productores llevan a la ciudad dos veces a la semana su producción y ahí encuentran a consumidores conscientes de la importancia de esos productos y dispuestos a pagar un poco más por la calidad. Ahora son un total de 40 productores, entre quienes hay familias, grupos, pequeñas cooperativas campesinas, colectivos ... por ejemplo: familias productoras de hortalizas, de huevos, de carne de conejo y, de municipios cercanos, traen aguacates, plátanos, naranjas; un colectivo de jóvenes que produce hongos setas; una cooperativa de la selva que produce miel, café, frijol, todo orgánico y de Chiapas, se vende aquí. Sin omitir a productoras/vendedores de esta ciudad que elaboran dulces regionales, y varios extranjeros que viven aquí, llevan panes y pizzas, lácteos (quesos, yogurt), tartaletas de frutas, pastas. Se destaca la presencia de dos colectivos de mujeres que semanalmente tienen a una representante por turno en el «mercadito», como le llaman: uno es el colectivo que elabora medicamentos de herbolaria y promueve la conservación de la milenaria farmacoepa de los mayas. El otro colectivo, llamado «Mujeres y Maíz», lo conforman productoras y vendedoras de productos a base de maíz criollo (tortillas,

9 Más información en: <http://tianguisorganicos.org.mx/>.

10 Otros productores de esta zona suelen regar con aguas negras del drenaje de San Cristóbal y venden su producción en el mercado de esta ciudad.

atoles, tostadas, tamales)¹¹, quienes afirman que ante tanto producto industrializado, ellas elaboran alimentos de calidad alimenticia y mantienen viva la *cultura del maíz*, heredada de los pueblos originarios de América. Los clientes se han convertido en amigos de los/as productores y ambos grupos entre sí. Los productores hacen trueque entre ellos y muchas veces adquieren los productos fiados, a cambio de traer algo encargado para la siguiente semana.

En fin, lo que empezó como un mercado local, se ha convertido en una comunidad, que no sólo acude a buscar productos, sino además, encuentros, conversaciones, compañía, aprecio ...

Hoy estamos eligiendo, cada vez más, otro camino, un camino basado en el poder de las redes. Y no tienen que ser redes digitales, sino que hablamos de redes en un sentido más amplio: redes de intercambio y colaboración entre personas (Johnson, 2013, 48).

Redistribución

La redistribución es otro de los conceptos clave cuyo valor promueve la Economía Social y Solidaria. Tal como la define Polanyi (1974, 162), implica «movimientos de apropiación hacia un centro y luego hacia el exterior, y depende en alguna medida de centralidad en el agrupamiento», lo particular aquí es que debe haber confianza y lealtad para poder agrupar los bienes en esa centralidad, sabiendo que después ésta lo va a regresar en forma equitativa. Ejemplos de redistribución en la sociedad actual son las colectas para la Cruz Roja y el pago de impuestos. Comparativamente, mientras que en las primeras, la participación es generalizada y a veces muy generosa, en el pago de impuestos no es así en muchos países. Cuando una sociedad no confía en que su donación llegará al fin que se propone, se abstiene de donar. La evasión fiscal puede entenderse como la falta de confianza hacia gobiernos de lo que hacen con el dinero de los impuestos.

Marcel Mauss (1979) también habla de una forma de redistribución en sociedades de esquimales del Noroeste de América, que se denomina *potlach*. Sin embargo, este tipo de donaciones son particulares porque rivalizan con otras tribus o clanes por medio de la generosidad. El jefe de una tribu reúne cuantos bienes pueden darle todos sus allegados y se los lleva al jefe de otra tribu, como un reto de generosidad. El jefe de la tribu receptora se ve obligado a devolver en mayor cuantía de lo recibido, si no quiere quedar humillado ante los ojos de propios y extraños. Si se sabe incapaz de aumentar los dones para dar a cambio de los recibidos, es preferible, según sus costumbres, no

11 Hablamos de maíz criollo –mejorado de generación en generación, por cientos de años–, para distinguirlo del maíz genéticamente modificado.

aceptar nada. Mauss (1979, 204-211) explica que «el que da se engrandece y el que recibe sin devolver, queda humillado». Lo cual lo lleva a hablar de la triple obligación que se tiene en la *cultura del don*: dar, recibir y devolver.

No se tiene derecho a rechazar un don, un *potlach*, pues actuar de este modo pone de manifiesto que se tiene miedo de tener que devolver y de quedar ‘rebajado’, es «perder el peso» de su nombre, es declararse vencido de antemano o en algunos casos proclamarse vencedor o invencible (Mauss, 1979, 208).

De lo anterior puede deducirse que una forma de ‘apoyo’ que no da espacio a la reciprocidad, humilla más a las personas. Tal es el caso de algunos programas gubernamentales de entrega de dinero a la gente calificada de «pobre», quien para recibir los donativos debe hacer largas filas y esperar por horas bajo el sol, en forma resignada y suplicante. Esta situación se da porque los funcionarios, mediante el dinero entregado, buscan mantener la sumisión política, abusando de la necesidad de las personas.

Por otro lado, se ha confundido el sentido de redistribución propuesto por Polanyi con el papel del mercado capitalista en las sociedades. Los economistas clásicos hablan del mercado como «distribuidor» de bienes gracias a la «mano invisible», pero para participar en ello la condición es poseer dinero y, por supuesto, no todos pueden participar por igual. Al salir del ‘centro’ (el mercado) a la ‘periferia’ (la sociedad), a unos les toca más que a otros: la redistribución del mercado capitalista no es equitativa, no es redistribución.

Pero también existen formas nobles de redistribución, donde todos ponen un poco de su parte y consiguen un bien común, como las fiestas patronales (de santos patronos) en muchas sociedades latinoamericanas: el dinero necesario se reúne mediante colectas y luego organizan la fiesta en la que disfruta todo el pueblo y los invitados que lleguen.

Alain Caillé (2008, 46) afirma que el movimiento ciudadano mundial se basa en buena medida en la idea de que es posible regular la economía y los intercambios a partir del respeto a los derechos civiles y políticos, tanto como los económicos, sociales y culturales. Propone que el Estado es quien debe encargarse de que esto se cumpla, tal vez por eso este autor afirma:

[...] la primera forma de Economía Solidaria podría decirse que es aquella en la que el Estado juega plenamente su papel: estableciendo y haciendo que todos se adhieran a las normas que regulan el respeto a los derechos (Alain Caillé 2008, 11).

Sin embargo, sigue este autor, el Estado cada día se retira más y deja de cumplir sus funciones. De ahí que una exigencia de la lucha por la Economía Solidaria constituye no renunciar a ser un referente de Política Social y Económica, que sea tomado en cuenta por los poderes establecidos, si no quiere perecer bajo el corto plazo y el riesgo de convertirse en un suplemento 'caritativo' de la economía de mercado.

Monedas comunitarias como forma de redistribución

Volviendo a la redistribución que define Polanyi. Un ejemplo claro se encuentra en las monedas comunitarias, también conocidas como dinero social o local. Se trata de un símbolo de valor para hacer intercambios, en manos de comunidades de personas y no de bancos, que ha mostrado ser útil para facilitar la circulación de bienes y servicios en los intercambios entre *pares*, formando redes redistributivas. Los bienes se concentran en el lugar del intercambio (como tianguis) y cada participante lleva sus productos y sale con otros distintos, es decir, con bienes que otros miembros del grupo producen y así se obtiene lo necesario para el sustento sin la necesidad de dinero convencional (euros, dólares, pesos), que en tiempos de desempleo o paro se vuelve escaso y caro.

Las experiencias de las monedas locales o sociales, como los llamados «clubes de trueque» en Argentina, muestran que su uso favorece la reciprocidad y la redistribución mediante la ayuda mutua, pues constituyen una forma en la que todos los miembros obtienen beneficios. Los pagos con dinero convencional representan un obstáculo para intercambiar entre personas de bajos ingresos. Con monedas locales, esta barrera se elimina y circulan los productos del trabajo (que es la riqueza 'real') y con ello se ahorra el dinero convencional, que se utiliza para otros pagos, como servicios públicos¹². Estas monedas comunitarias en realidad no son 'dinero' sino vales de cuenta y símbolos de valor para intercambiar bienes y servicios, las personas que las han utilizado descubren que el dinero es simplemente un medio de cambio y que su atesoramiento crea escasez para los demás. No vale la pena guardar las monedas locales, sino usarlas para que todos las puedan poseer y circulen los productos y con ello se recrea la redistribución, en la que todos reciben algo (Lietaer, 2005).

En el año 2001 en Argentina, cuando la estrategia financiera fue cerrar los bancos y dejar sin circulante a la población (maniobra conocida como «el corralito») los «clubes de trueque» o *nodos*, es decir grupos organizados de gente (principalmente mujeres) demostraron que no necesitaban un dinero centralizado y controlado por los bancos, sino organizar su propio sistema de valor y así lo hicieron. De la escasez total de bienes que llegó a haber, surgieron comunidades solidarias que llevaban al grupo lo que tenían

12 También por eso se les llama «monedas complementarias».

y lo intercambiaban con su propia «moneda» de común acuerdo y así lograron palear la peor crisis financiera de su historia (Louge, 2005). De la moneda social a la ayuda mutua y al don, el salto fue automático, pues en las entrevistas realizadas las mujeres relataban cómo en estos nodos sin proponérselo habían surgido espontáneamente grupos de apoyo y cuando una tenía una emergencia y requería algo, recibía dones, desinteresados y generosos (Santana 2011a). Reconocieron que mientras más gente participaba era mejor para todos e invitaban a más y más gente al «club de trueque» del barrio. Pasó la crisis financiera en Argentina, pero las comunidades de intercambio recíproco siguen ahí, usando sus propias monedas, porque las personas están convencidas que asociarse con una lógica solidaria es la solución a la escasez capitalista.

Palabras finales

Después de un breve recorrido por los principales hechos que favorecieron la organización de la sociedad civil en Latinoamérica y la emergencia de alternativas al neoliberalismo, se ha presentado la Economía solidaria como una propuesta que busca fundar una sociedad incluyente e igualitaria a partir de acciones de reciprocidad y de redistribución. Hemos visto que la reciprocidad y la redistribución son dos conceptos clave en dicha propuesta, ya que la primera implica dualidad, igualdad y equidad y la segunda, centralidad y confianza. Se pusieron como ejemplo de la reciprocidad los mercados por diversos motivos, sobre todo, por las relaciones recíprocas que ahí se generan, creándose redes de *pares* que fortalecen el tejido social.

Hay que señalar, sin embargo, que no todos los actores de estos tianguis están por una Economía Solidaria. En entrevistas algunos expresan que su principal motivación es tener un punto de venta para sus productos. Es decir, aunque se encuentran componentes importantes de la Economía Solidaria (como la centralidad de los actores y no sólo de los productos; por el dinamismo de la economía local y la solidaridad con los pequeños productores; por el consumo de productos que no dañan la naturaleza ni la salud, que refuerzan la identidad cultural local y el combate al consumismo), también hay fuertes componentes capitalistas, como las motivaciones de acumular ganancias. Sin embargo, no todos piensan igual, hay toda una gradación de posturas.

En cuanto a la redistribución, el uso de monedas comunitarias es un buen ejemplo porque permite que sus usuarios lleven sus productos a un lugar y, sin hacer uso de dinero convencional, se puede acceder a los bienes y servicios que ofrece el grupo que reconoce el mismo símbolo de valor. El uso de estas monedas que facilitan las compras mutuas porque su fin no es la acumulación, sino la distribución para que todos tengan lo necesario. Algunos de los y las usuarias de estas monedas han comprendido la importancia de un cambio del sistema financiero centralizado y

observan la importancia de tener alternativas ante el sistema neoliberal porque en cualquier momento se puede experimentar una crisis como la argentina.

Los ejemplos que se presentaron pueden suscitar la pregunta: si la economía real de México es sostenida por la mayor parte de la población que produce a nivel de pequeña escala y de lo que vive la gente y si todos ellos fueran clientes entre sí de su propia producción, ¿no sería posible que así subiera su nivel de vida? No sería esto, «hacer otro mundo posible»? El reto académico es entender estos fenómenos, analizarlos e indagar su viabilidad y sus obstáculos.

Bibliografía

- Caillé, A., L'Alteréconomie. Présentation, *MAUSS* 21 (1), 2003, pp. 5-20.
- Castells, M., *La Era de la Información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad*, II, México D. F. 1999.
- Coraggio, J. L., La Economía social y solidaria como estrategia de desarrollo en el contexto de la integración regional latinoamericana. Ponencia presentada en el 3^{er} Encuentro Latinoamericano de Economía Solidaria y Comercio Justo, RIPESS en Montevideo, octubre 2008.
- Escobar, A., *La Invención del Tercer Mundo. Construcción y Deconstrucción del Desarrollo*, Bogotá, Colombia 1998. [*Encountering development, the making and unmaking of the third world*. Princeton 1996].
- Esping-Andersen, G., 'Welfare States and the Economy', en: *The Handbook of Economic Sociology* (eds. Smelser, N. J., Swedberg, R.), Princeton, Nueva York 1994.
- Fisher, J., *El Camino desde Río. El desarrollo sustentable y el movimiento no gubernamental en el Tercer Mundo*, México D. F. 1998.
- Forrester, V., *El Horror Económico*, México 2000.
- Gibson-Graham, J. K., *The end of Capitalism (as we knew it). A Feminist Critique of Political Economy*, Oxford 1996.
- Godelier, M., *El Enigma del Don*, Barcelona 1998.
- Godelier, M. (comp.), *Antropología y Economía*, Barcelona 1976.
- Graeber, D., *Toward an Anthropological Theory of Value: the false coin of our own dreams*, Nueva York 2001.
- Gupta, A., *Postcolonial Developments. Agriculture in the Making of Modern India*, Durham, London 1998.
- Houtart, F., De la resistencia a la ofensiva en América Latina: ¿Qué desafíos para el análisis social?, Texto presentado en Bruselas, 14. 04. 2007, no publicado.

- Johnson, S., *Futuro perfecto. Sobre el progreso en la era de las redes*, Madrid 2013.
- Krätke, M. R., El mundo cabalga hacia una nueva burbuja especulativa: ¿quién es responsable de la inflación de precios del petróleo y de los alimentos?, *Sin Permiso* 3, 2008, www.sinpermiso.info/# 2008 [4 de abril 2014].
- Lietaer, B., *El Futuro del Dinero*, Buenos Aires 2005.
- Lomnitz, L., *Cómo sobreviven los marginados*, México 1975.
- Lópezllera, L., Ante la globalización, el desempleo y la atomización. Reticulación entre empresas autogestivas, el fin del dinero y restauración del crédito social. Ponencia en el 2º Foro Internacional de Economía Social y Solidaria, FONAES, México D. F. 2004.
- Louge, C., La historia del trueque en Latinoamérica y la Argentina, en: *El Futuro del Dinero* (ed. Lietaer, B.), Buenos Aires 2005, pp. 463-486.
- Mauss, M., Ensayo sobre los Dones. Motivo y forma de cambio en las sociedades primitivas, en: *Sociología y Antropología*, Madrid 1979.
- Nash, J., Hopkins, N. S., Anthropological Approaches to the Study of Cooperatives, Collectives, and Self-Management, en: *Popular Participation in Social Change. Cooperatives, Collectives, and Social Change* (eds. Nash, J., Dandler, J., Hopkins N. S.), La Haya, París 1976.
- Osorio, J., *El Estado en el Centro de la Mundialización*, México 2004.
- Plattner, S., Introducción, *Antropología Económica*, México D. F. 1991.
- Polanyi, K., El sistema económico como proceso institucionalizado, en: *Antropología y Economía* (ed. Godelier, M.), Barcelona 1976, pp. 155-178.
- Polanyi, K., *La Gran Transformación*, México D. F. 2000. [*The Great Transformation*, 1944].
- Red Ecosol, Memorias de los Talleres de la Red Mexicana de Economía Solidaria, México D. F., enero 2002; San Juan Nuevo, Mich., dic. 2003; Aguascalientes, Ags., mayo 2004 (no publicadas).
- Razeto, J. L., Cinco constataciones sobre pobreza, catorce tesis sobre el desarrollo local, y una conclusión sobre la economía solidaria, *Polis* 1 (2), 2001, <http://www.revistapolis.cl/polis/20final/2raze.htm> [2 de abril 2014].
- Reyes, G., Principales teorías sobre el desarrollo Económico y Social, *Regiones y desarrollo Sustentable* 3 (2), 2002, pp. 45-65.
- Roberts, B., Estado y región en América Latina, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, El Colegio de Michoacán, 1 (4), 1980, pp. 9-40.
- Rowlands, J., *Questioning Empowerment. Working with Women in Honduras*, Oxford 1997.

- Santana, M. E., Mujeres indígenas y cooperativismo agropecuario: el caso de Flor del Río en la selva de Chiapas, México, *Boletín Americanista* 46 (36), 1996, pp. 299-316.
- Santana, M. E., *Reinventando el dinero. Experiencias con monedas comunitarias*, Tesis de Doctorado, CIESAS, Guadalajara, Jal., México, 2011a, Publicación en CD.
- Santana, M. E., Recrear el dinero en una economía solidaria, *Polis* 29, 2011b, <http://www.revistapolis.cl/29/art11.htm> [10 de abril 2014].
- Stiglitz, J. E., Promesas rotas (cap. 2), en: *El Malestar en la Globalización*, México 2002.
- Vargas-Cetina, G., Ayora-Díaz, S. I., Introduction. Local Expressions of Global Culture: Four Case Studies from Mexico, *Urban Anthropology* 27 (2), 1998, pp. 123-133.

María Eugenia Santana E.

Recipročnost in redistribucija v solidarnostni ekonomiji

Ključne besede: recipročnost, redistribucija, solidarnostna ekonomija

»Solidarnostna ekonomija« se je v Latinski Ameriki v zadnjem desetletju 20. stoletja pojavila kot del globalnega gibanja, ki išče alternative modelu tržne družbe. Njeno izhodišče je, da mora družba prevzeti odgovornost zase na osnovi solidarnosti v proizvodnji, distribuciji in porabi ter da naj ekonomska praksa obnovi socialno življenje z modeli recipročnosti in redistribucije zunaj kapitalističnega sistema.

Članek v prvem delu povzame zgodovinske okoliščine pojava organizirane civilne družbe v Latinski Ameriki; različni predlogi alternativ so se po letu 2000 stekli v t. i. Svetovne socialne forume. V drugem delu predstavi projekt Solidarnostne ekonomije kot del tega gibanja in pri tem izpostavi vlogo *kulture darila* ter koncepta recipročnosti in redistribucije, ki sta podrobno definirana glede na vlogo, ki jo imata v alternativah kapitalizmu. Navedeni so primeri za oba koncepta: za prvega je primer izmenjava proizvodov na lokalnih tržnicah, ki stremi po bolj uravnoteženem odnosu podeželje : mesto; primer za redistribucijo pa je uporaba socialne ali komunitarne valute, ki omogoča distribucijo osnovnega blaga med sodelujočimi na lokalnih tržnicah. Prispevek se sklene z ugotovitvijo, da je pot do uresničitve še dolga, a da morajo njen pomen preučiti znanstveniki družboslovnih ved.

María Eugenia Santana E.

Reciprocity and redistribution in an Economy of Solidarity

Keywords: reciprocity, redistribution, Economy of Solidarity

The 'Economy of Solidarity' is a proposal that appeared in Latin America in the last decade of the twentieth century as part of the global movement seeking alternatives to the market society model. The Economy of Solidarity suggests that society claims responsibility on the basis of solidarity in the production, distribution and consumption, and that the economic practice regenerates social life with models of reciprocity and redistribution outside the capitalist system. The first part of the text summarizes the historical circumstances of the emergence of civil society organizations in Latin America, whose various alternative initiatives came together in the so-called *World Social Forum* since the year 2000. The second part explains the proposal of the Economy of Solidarity as part of that movement by highlighting the role of the *gift culture*, and the concepts of reciprocity and redistribution, which are defined in detail due to their relevance in the alternatives to capitalism. The examples of both concepts are included; an example of reciprocity is the exchange of products at local markets, seeking a more balanced urban-rural relationship; a redistribution example is used in social or community currencies that facilitate the distribution of basic goods between local market's participants. Finally, we admit there is still some way ahead before the Economy of Solidarity becomes a reality, but its scope should be observed by social scientists.